

Bailar el mundo

Un Relato de Yara Medina

El verano del noventa y ocho fue decisivo para Alicia. A sus diecisiete años pudo pasar un mes en Oxford aprendiendo inglés, visitó a su tía que vivía en Valencia y pudo disfrutar de acampadas con sus amigos del instituto. Llevaba varios meses saliendo con Carlos. Su amistad llegó a ser tan profunda que nadie se sorprendió cuando dieron un paso más. Integrados en el grupo de amigos, criados en un pueblo con mucha naturaleza a su alrededor, explotaron su adolescencia con sana libertad.

Componían un grupo heterogéneo pero un gran sentimiento fraternal los unía. Carlos tenía una personalidad bonachona, eso le encantaba a Alicia. Era bromista. Sobre su aspecto todos recaían en los ojos turquesa resaltados por el negro de sus pestañas. Como en todas las pandillas existían caracteres que chocaban, pero Carlos era el único con el que todos se sentían cómodos. Todos querían a Carlos, era fácil hacerlo. Esto hizo que Alicia sufriera por los sentimientos encontrados que surgieron aquel agosto.

Alicia era reconocida por sus ganas de reír, bailar y emprender cualquier actividad que propiciara sumar recuerdos juntos. Se la podía ver hablar sobre temas sociales con el mismo compromiso que la llevaba a animar las reuniones y hacer que todos a su alrededor se contagiaran de sus ganas de vivir. Era de mediana estatura, cuerpo proporcionado, boca grande y ojos color miel que hacían juego con su cabello ondulado. No era la más guapa, para eso estaba la imponente figura de Gara, tampoco su cuerpo se había desarrollado con tanta premura como le había ocurrido a Miriam y no sobresalía por su fuerte carácter como el que lucía Pilar. Cualquiera que observara a aquellos jóvenes interactuar podrían ver destacar a Alicia por su explosiva personalidad. Nadie que la hubiera

conocido podía dejar de admirar su carisma. Todos deseaban ser partícipes de sus chanzas.

La tarde que tomó aquella decisión se sintió liberada, aunque con el pesar que surge cuando una etapa se acaba. Quedó con Carlos a solas, poco antes de que el resto se reuniera en la plaza donde siempre se veían. Sus manos sudaban, su estómago se tensaba y su boca salivaba por los nervios que la atormentaban. Como siempre ocurría, verse abrazada por Carlos le generaba paz, la misma que sintió cuando este la saludó tras estar varias semanas sin verse. Se sentaron en el borde de un escalón mirando a la vegetación. Ninguno de los dos olvidaría ese día.

- Te quiero, de verdad, pero creo que he confundido mis sentimientos. Siento mucho hacerte daño, no es mi intención, te lo juro, pero no podemos seguir juntos. — confesó Alicia.
- Dices que me quieres. — respondió Carlos confundido.
- Si, pero creo que como un amigo o un hermano — Alicia lloró con cada palabra que pronunciaba pues era consciente del desgarró que generaba en Carlos.
- Ah, ya — el adolescente bajó la mirada, era incapaz de sostenérsela —, por eso no has parado en todo el verano. Casi no nos hemos visto.
- No, no fue por eso. Los planes surgieron.
- ¿Conociste a alguien en Oxford? — preguntó tomando aire sin dejar de mirar sus manos unidas sobre las rodillas.
- Pero que no te ralles con esas cosas — le contestó con vehemencia —. Soy solo yo, no conocí a nadie, ni nadie me hizo cambiar de opinión. Es que, ahora mismo, no me veo teniendo una relación contigo, no me nace.
- Está bien, no lo entiendo, pero vale.

Alicia continuó pidiendo disculpas por no sentir lo que él merecía que sintiera. Carlos por su parte se mantuvo hermético, trataba de procesar lo que hacía tiempo se temía que iba a suceder. Él la adoraba por encima de todo. Se levantaba todas las mañanas pensando en cómo arrancarle la risa que tanto le



fascinaba. Aquel verano su chica brillaba como nunca. Sus ojos lanzaban destellos de vida que consumir. Escucharla hablar con tanta pasión sobre sus viajes o anécdotas acontecidas sin él, fueron señales que a duras penas pudo ignorar. Carlos vivió su incipiente relación con la ilusión de un niño que sabe que atesora algo valioso y...volátil. Porque no había que ser muy listo para percibir las ganas de echarse a volar que Alicia emanaba.

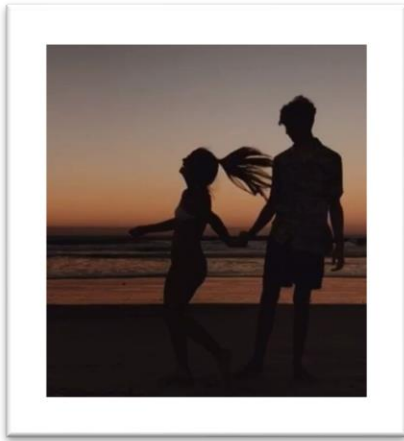
Carlos la lloró, durante demasiado tiempo, porque de nuevo volvía a él la idea de estar enamorado de un imposible.

Alicia respetó el luto por su relación, a la vez que reconoció el derecho de Carlos sobre sus amigos. Él los necesitaba más que ella, por eso comenzó a evitar las reuniones en la plaza. Poco a poco se fue distanciando pues era incapaz de soportar la mirada anhelante de Carlos. Se castigaba todas las noches por no sentir lo que debía sentir, por ser la culpable de que una sombra hubiera aparecido en la mirada del joven que con tanta devoción la había tratado.

La reacción de los chicos fue variada. Desde los que la acusaban de haberle creado expectativas que no estaba dispuesta a cumplir hasta los que sentían como propia la ruptura. Alicia siguió viéndose con las chicas, pero sus conversaciones estaban demasiado ligadas al grupo, algo que poco a poco la fue dejando fuera de lugar.

Aquel curso escolar tampoco le permitió prestar demasiada atención a su vida social mermada, pues debía centrar sus esfuerzos en obtener la mejor nota en la Prueba de Acceso a la Universidad. Carlos y Alicia se cruzaban en la biblioteca, se saludaban con cariño y mantenían espontáneas conversaciones surgidas de la complicidad que no había desaparecido. Él la veía aún más inalcanzable. Ella, por su parte, descubrió en él un sarcasmo que le confería cierto magnetismo.

Alicia pudo ver cumplido su sueño de volar fuera de las Islas Canarias para estudiar Administración y Dirección de Empresas en Granada. Si bien podía haberlo cursado en su propia ciudad, ella no podía dejar pasar la oportunidad de vivir lejos de lo cotidiano. Por su parte, Carlos, con esfuerzo, logró sacar nota para no moverse de Gran Canaria y cumplir con su objetivo de estudiar Ingeniería Industrial.



Sus caminos comenzaron a separarse a medida que los años pasaban.

Alicia disfrutó de su aventura universitaria como la que más. No le fue difícil hacerse con un grupo de amigas atraídas, igual que ella, por el ambiente granaíno. Juntas dieron rienda suelta a las relaciones con otros jóvenes. En la vida amorosa de Alicia hubo un tal Iban, también llegó a calar en ella Alex, pero el año que decidió presentarse a la beca Erasmus llevaba un tiempo arrastrando la ruptura de Miki.

Merche, su amiga inseparable y ella, habían sido aceptadas en Oxford. Celebró su buena fortuna con bailes, abrazos y risas en las eternas noches universitarias. La ciudad que la había empujado a perseguir sus más íntimos deseos durante su adolescencia, ahora la volvía a acoger cuando comenzaba la veintena. Se adentró en la vida Erasmus con ansias de exprimir cada minuto y cada instante que el universo le regalaba. Aunque la comunidad española que se había congregado allí le resultaba tentadora, Merche y ella decidieron relacionarse con extranjeros pues entre otras cosas, se habían tomado en serio lograr un buen nivel de inglés.

Una noche, en un pub abarrotado, contoneaba su cuerpo entre la multitud. La jarra de cerveza se balanceaba con estudiado control sobre su cabeza mientras trataba de seguir la disparatada conversación que mantenía con un alemán y un italiano. El líquido frío que resbaló por su espalda le hizo lanzar un improperio y darse la vuelta para saber quien había dejado caer su copa sobre ella.

— ¡Joder! — Alicia no pudo evitar quejarse en español.

— ¿Eh, española? — Ainhoa, con su marcado acento vasco, levantó sus brazos a modo de disculpa—. Un capullo me metió un codazo y la cerveza salió disparada. Te aseguro que me molesta más a mí que a ti, porque tengo que pedirme otra.

Alicia terminó por comprender a la muchacha que, por ser española, le arrancó cierta calidez, aunque no supiera nada de ella. Cosas de la añoranza cuando se está en otro país.

Enseguida comenzaron las preguntas sobre qué estudiaban, de donde eran y demás temas endémicos de esas fiestas. En un momento dado, mientras pegaba su oreja al rostro de la muchacha para lograr descifrar lo que decía, una camisa a cuadros que envolvían una gran espalda captó su atención. Como si ella lo hubiera llamado con su mirada el dueño de dicha espalda se volvió. El latigazo que sufrieron sus entrañas fue del todo inesperado. Unos ojos demasiado familiares se posaron en ella. Alicia percibió el azul turquesa de las profundidades que se agrandaron al reconocerla. Amplias sonrisas deseosas de saludar se ensancharon. Carlos estaba allí, en Oxford.

— ¡Carlos!

— ¡Ali!

Después de varios empujones, codazos y disculpas por la prisa, los jóvenes lograron darse un abrazo. Alicia fue engullida por él pues el desarrollo natural le había conferido un gran corpachón. En cambio, ella no lo percibió pues se detuvo a disfrutar de la cálida sensación que caracterizaba a sus abrazos.

— ¿Cómo estás, mi niña?

— Yo, bien. ¿Y tú qué haces tan lejos de casa?

— Ya ves, una amiga me dijo que Oxford estaba que te cagas y me vine a comprobarlo.

— ¡Qué atrevido, tú! — se mofó ella dándole un leve manotazo — ¿Y qué, vas de loco ahora pidiendo una Erasmus y todo?

— Sabes que a lo bueno nunca le digo que no—se encogió de hombros y mostró una fingida actitud de autosuficiencia.

No solo se sonreían con los labios, lo hacían con todo su ser. Jamás hubieran imaginado encontrarse tan lejos de Canarias. La vida les había dado una grata sorpresa que tomaron con ganas. Ella se alegró de volver a reír con él, de percibir que aquella marchita relación no se hubiera llevado lo bueno de ambos. Aprovecharon esa oportunidad para olvidar los momentos dolorosos y recuperar la complicidad que siempre los había acompañado. La marea humana del local les hacía juntarse y distanciarse a medida que avanzaba la conversación. En ocasiones Alicia se veía tan pegada a él que debía hablarle al mentón.

Poco a poco se fueron apartando hasta llegar a una ventana que les ofrecía cierto cobijo. Debían alzar tanto la voz que terminaron sus respectivas bebidas, se pusieron los abrigos y salieron para continuar con su ansiada conversación.

— Y cuéntame— le pidió ella— ¿Qué sabes de la gente? ¿Se siguen viendo?

— Ah, sí, seguimos quedando siempre que podemos— le respondió Carlos con nostalgia—. La verdad es que desde que terminamos el instituto cada uno tiró por su lado, pero no hemos dejado de vernos. Con Aday es con quien más hablo.

— ¡Hostia! ¿Y qué es de él? ¿Sigue surfeando? —le preguntó con risas por los recuerdos que se amontonaban en sus miradas.

— ¿Qué si qué...? — Carlos tomó conciencia del tiempo transcurrido desde la última vez que se vieron pues había mucho que contar— Que el loco empezó ingeniería en Barcelona, se pilló de una hippie que flipas y ahora están de mochileros por Argentina. Todos amor y paz.

Alicia estalló en carcajadas no sólo por Aday sino por las sensaciones que volvía a despertar Carlos en ella. Pura vida.

— Gara está con arquitectura, le va guay y se echó un novio muy buena gente— continuó Carlos—. Fer pasó de la *Uni* y se metió en Arte. Ese sigue

igual con la darbuca, sus malabares y dando tumbos sin saber bien qué hacer.

— Yo sé que Miriam está haciendo Medicina...

— Sí, está enterrada, casi ni la vemos. — le comentó Carlos — pero sigue igual, como beba una copa se pone teclosa...

— ¡No me digas! — saltó Alicia entre risas — Sigue con sus “Yo los quiero, mi gente”

— Sí, sí, cuando una la ha visto así no se la imagina de cirujana — ambos siguieron rememorando anécdotas —. La verdad es que seguimos siendo los mismos, más mayores, pero con las mismas pedradas en la cabeza.

— Pero, ¿Miriam y tú no estaban juntos? — preguntó Alicia.

— Sí, unos años, pero la historia se acabó. No es por ir de sobrado, pero me suelo llevar bien con mis ex.

Se quedaron unos segundos colgados de sus miradas. Él pensó en lo curioso que resultaba que ella se hubiera acordado de eso y Alicia por su parte rememoró aquellos celos que le provocó conocer dicha relación.

— Y Pilar terminó como soldado profesional — continuó Carlos —. Una fiera la tía, pero el mejor que está es Carmelo. Se hizo el ciclo superior en Audiología Protésica y ya está cobrando su sueldo y viviendo como un señor.

— ¡Cómo me alegra saber de ellos! — contestó Alicia con clara sinceridad — ¿Y tus padres, cómo están?

— Bien, igual de majaderos, pero con unos años más. — Carlos se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos del abrigo para resguardarse del frío.

— Anda que te vas a quejar, si eres su niño bonito.

— Pues ahora me estoy acordando que no hace mucho, bueno el no hace mucho puede ser hace un año o más — hizo una mueca graciosa con la boca —, pero mi madre encontró fotos nuestras, de cuando nos íbamos de acampada y hacíamos asaderos.

- ¡Ah, sí! Mi madre también me tiene una caja donde va metiendo todas las fotos que voy regando cuando cambio de casa –corroboró Alicia– . Tengo hasta los negativos, cuando se revelaban las fotos. ¿Te acuerdas?
- ¡Chacho, qué viejos somos! –se rieron– Pero vivimos cosas muy chulas.
- Si – Alicia se asomó al espejo del pasado – ¿Te acuerdas de los conciertos en la playa?
- ¡Si, qué desfase!
- ¿Y del Womad?
- Y de los mogollones.
- En eso tengo que decir que tengo muchos recuerdos contigo, pero no sé en qué año fue porque siempre ibas disfrazado de lo mismo. ¡Súper innovador! –se mofó Alicia.
- ¡Eh! Tenía que sacarle partido a mi disfraz de Don Quijote.

Alicia puso los ojos en blanco y meneó la cabeza. En cambio, notó cómo los recuerdos se agolpaban en la mirada de Carlos, la cual se tornó más seria.

- Recuerdo que, en aquellas acampadas en Montaña Arena, nosotros tocábamos la batucada y las chiquillas bailaban – Alicia mantuvo el aliento cuando Carlos se atrevió a tirar de su mano para acercarla a él – . Todas bailaban, pero tu no lo hacías de la misma manera, te abstraías, tus caderas seguían el ritmo, pero le bailabas al mundo.
- Nunca me vi así.
- Porque era yo quien te miraba – Alicia meneó la cabeza divertida al ver a un seductor en Carlos. Este se giró y tomó el capó de un coche como percusión – . Venga, dale, estoy seguro que sigues siendo una bohemia soñadora.

Alicia rio, miró a su alrededor y dudó en seguir el impulso de moverse. Una carcajada voló en el aire cuando sus caderas comenzaron a reconocer el ritmo familiar.

- ¡Siempre tocaban lo mismo! –se carcajeó Alicia ya con sus manos en alto lista para dar la vuelta.

- Si, era la que mejor nos salía, nos pegábamos horas — admitió Carlos sonriendo satisfecho al verla moverse.
- ¡Eh! Vosotros dos — interrumpió Ainhoa al mismo tiempo que mantenía la puerta del local para que salieran los demás — ¿Vais a seguir hablando, os vais a liar o qué vais a hacer? Es que estamos pensando ir al piso de Rafa.
- ¿Ya se van? — preguntó Carlos ignorando la pregunta, pero sonriendo con picardía a Alicia.
- Esto está a punto de chapar — le respondió Ainhoa.
- Vente con nosotros — le sugirió Carlos.
- Ay, pero es que no sé que van a hacer mis amigas. Entro y pregunto.

Minutos más tarde Alicia tomó la decisión de irse con Carlos y pensar más adelante cómo volvería a su piso de estudiante. Merche y su compañera sueca, Lena, estaban demasiado entretenidas como para moverse. Al salir se topó con la figura de Carlos quien aguardaba solo.

- No te preocupes, no es difícil seguir al grupo de españoles. Se nos escucha con varias calles de distancia.

Alicia con una ilusión desbordante se colgó del brazo de Carlos para aprovechar el calor.

- Bueno, ¿y tienes alguna *pivilla* por ahí? — le preguntó Alicia traviesa y sin soltarle.
- Ahora mismo no, seguí el consejo de venir de Erasmus sin pareja — Carlos le guiñó el ojo.
- ¡Ah, zorrúo! — rio Alicia — O sea que aquí estás dándolo todo.
- En la medida que se puede, Ali — algo le hizo dar un respingo —. Bueno, en realidad aquí hay una holandesa que se quedó media trabada cuando me líe con ella y las veces que coincidimos suele echar fuego si se me acerca una chica.
- Puede que no esté tan pirada y tú no hayas sido sincero con ella.

— ¡Qué va, en serio, que no! —protestó Carlos antes de componer una sonrisa chulesca— Lo que pasa es que soy irresistible para las mujeres y todas quieren más.

Alicia rio con ganas. Él continuó con su fingida chulería.

— Ya. —ironizó Alicia.

— De verdad, para todas soy irresistible menos para ti. — Carlos alzó las cejas y apretó los labios a modo de recriminación.

— Qué casualidad —respondió Alicia desconfiando de sus argucias.

— No, qué putada.

Alicia no se dejó amedrentar, juntos rieron y se pasaron el resto del camino bromeando sobre sus encantos.

— La verdad es que he de reconocer que de todos mis ex novios, siempre has sido al que más cariño le tengo. Me haces reír...

— ¿Qué, qué...? —Carlos frunció el ceño sin dejar de ver la situación divertida — ¿Tú ex novio, desde cuándo?

— Eh... — Alicia miro hacia todos lados descolocada — bueno, pues porque estuvimos juntos.

— Ya, pero fueron un par de meses de nada, con más ñoñería que otra cosa... — Alicia sabía que la estaba agujijoneando.

— Bueno, algo más que ñoñerías sí que hicimos.

— No las suficientes — la voz ronca y rotunda delató una frustración antigua.

— ¡Carlos! — exclamó sin poder evitar que se le escapara una carcajada. Su amigo siempre conseguía que sus entrañas bailaran de diversión.

— Mira, vamos a cambiar de tema porque no nos vamos a poner de acuerdo — Carlos se arrepintió de esa idea y añadió — . Aunque tienes que reconocerme que no pasamos de un magreo.

— ¡Carlos! — Alicia alzó sus manos para frenar sus locuras — solo dime una cosa. ¿Me consideras una ex o no?

- Por supuesto — Carlos rodeó sus hombros y la atrajo hacia él para seguir andando — la primera novia de la adolescencia, que la recuerdas más por los dolores de huevos que por la relación en sí misma.
- ¡Eres imposible! — Alicia trató de darle varios codazos — Vamos, que lo que recuerdas de mí son solo dolores de huevos.

Transcurrieron varios segundos durante los cuales se escuchaban el golpeteo de sus pasos sobre la acera. Hasta que Carlos decidió confesar.

- Y más dolores, Ali, y más dolores me dejaste...

Alicia volvió a sentir el peso de los remordimientos. Tardó en responder.

- No sabes cómo sentí hacerte daño, pero no podíamos seguir juntos. Aprendí que ser sincera con tus propios sentimientos acarrea la culpa de hacer daño a personas que no lo merecen, pero no por ello se deben ignorar.
- Espera un momento — Carlos detuvo el avance, casi habían llegado y no quería dejar la conversación a medias —. No te recrimino nada. Hubiera preferido que me acuchillaran antes de que te quedaras a mi lado por pena. Pasó lo que tenía que pasar.
- Ay, Carlos — Alicia le acarició el mentón, fuerte, cuadrado, sin atisbo de los rasgos adolescentes que conoció —. Ahora mismo tengo la sensación de haberte echado mucho de menos. No era consciente hasta que te he visto. Ojalá todo hubiera ocurrido de otra manera.
- Bueno, tampoco nos fue tan mal — Carlos apoyó su frente en la de ella, el tiempo suficiente para que Alicia identificara todo tipo de emociones en su mirada hasta que triunfó la risueña —. Aunque es mejor que te alejes un poco porque uno no es de piedra, sigues estando muy buena y no quiero romper, de nuevo, el buen rollo que acabamos de recuperar.

Alicia inspiró hondo y formó una sonrisa apretada antes de dar un paso atrás. Se deleitó con su figura alentada por el alcohol que regaba sus venas.

- ¿Sabes...? —preguntó de forma retórica y traviesa— Estás más alto y grande, como más hombre...
- Pues es mejor que no te diga como estás tú...—respondió Carlos apoyándose en un coche con actitud relajada, pero a la espera.
- Ya lo dijiste antes... —hipó una carcajada.
- Las copas son el demonio —se mofó Carlos sin haber recordado lo dicho a la vez que dejaba caer la cabeza hacia atrás.
- Y bueno—continuó Alicia—, tengo que decirte que a veces me puedes parecer irresistible.
- ¿A veces? —se incorporó de golpe divertido sin sacar sus manos de los bolsillos— ¡Joder, Ali! Eres lo peor levantando el ánimo a un tío.
- Ya, es que no quiero que se te suba...
- Tarde —la mueca de Carlos fue muy elocuente.
- ¡Carlos!

Alicia se lanzó para reprenderlo, pero terminó enterrando su rostro bajo su mentón al mismo tiempo que le agarraba de las solapas.

- Así no ayudas —comentó Carlos con las manos sangrando en el interior de su abrigo por no poder tocarla.
- Pues como haga lo que tengo ganas de hacer...—replicó con divertida seducción.
- Por mi no te cortes, sabes que siempre has sido tú la que ha salido... huyendo.

Alicia con picardía sopesó sus palabras. Concluyó que Carlos era el único que podía hablarle con esa franqueza sin que se sintiera atacada. Él constataba un hecho y ella no estaba dispuesta a malgastar su tiempo en defender su postura. En cambio, sí que le apetecía besarle. Y fiel a su naturaleza salvaje en emociones, dejó que sus impulsos hablaran por ella.

Carlos había entrecerrado los ojos a la espera, seguro de que su más efímera presa caería si lograba quedarse lo más quieto posible. El beso llegó con tímida confianza. A Alicia le resultaron familiares sus labios, aunque percibió cierta evolución en ellos. Cuando Carlos decidió liberar sus manos para rodearla, se adueñó de ella las mismas sensaciones que antaño. Pudo comprobar que ya no se aferraba con ansias, sino que la sostenía con calculada seducción.

Carlos cayó hacia atrás, a su anterior posición sobre el coche. Ella por su parte se acomodó entre sus piernas para profundizar el beso. Fue dulce y apasionado. En la electrizante sensación que provocaron sus lenguas se entremezclaron el anhelo con estudiadas estrategias amorosas. Fue el reencuentro que añoraban, fue la señal que no sólo encendió sus cuerpos sino el recuerdo en sus almas.

Volvieron a sonreírse, aunque nunca dejaron de hacerlo. Se abrazaron, de manera más sentida que como lo habían hecho durante la noche. Con naturalidad decidieron tomarse de la mano para encaminarse juntos a la fiesta privada. Minutos más tarde estaban rodeados de gente, alcohol, humo de tabaco y demás olores. Alicia se divirtió como siempre lo hacía, pero esta vez se vio arrastrada por Carlos y su gran carisma. Poco antes de las cinco de la mañana las revoluciones fiesteras fueron menguando, pues comenzaba el momento de la retirada.

Alicia se encontraba acurrucada en un sillón medio adormilada cuando Carlos se acercó.

- Venga, señorita, te acompaño a casa.
- Ay, si me dejan, yo me quedo aquí. — se quejó Alicia.
- En peores lugares has dormido, sí.
- ¿De qué hablas? — preguntó confusa.
- De aquella noche que dormimos fuera del Paraninfo porque no había guaguas.
- ¡Ya, coño, es verdad! — una somnolienta risa brotó con dificultad.
- Venga — Carlos hizo un enorme esfuerzo en ponerla en pie — ¿Vives muy lejos?

- En Headintong.
- Está lejillos de aquí –sopesó Carlos– Pues nada, quédate conmigo. Por lo menos estarás más calentita que en Las Canteras de madrugada. Vamos, camina, es la segunda puerta a la derecha.
- ¿Pero no era la casa de Rafa? –preguntó Alicia.

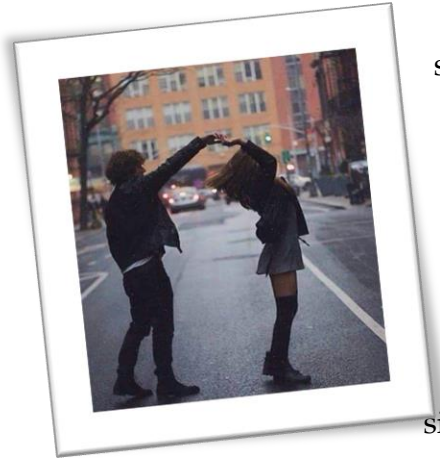
La relación con el organizador de la fiesta no le importó porque le resultó de lo más tentador meterse en una cama y poder dormir de una vez. Además, aunque hacía años que no se veían, la familiaridad entre Carlos y ella había aflorado con tal intensidad que no dudó en pernoctar envuelta en sus brazos.

El cansancio y la vuelta al pasado fueron suficientes para desnudarse sin pudor y arrebujarse bajo las mantas con una camiseta interior y braguitas como únicas prendas. A Carlos solo le había dado tiempo de quitarse la camiseta cuando observó cómo Alicia se convertía en un bulto de la cama. Sonrió con cariño, se quedó en calzoncillos como siempre hacía y la siguió. Si bien era el momento idóneo para continuar con el beso que habían dejado en la oscuridad de las calles, Carlos asumió que solo iba a dormir al escuchar la respiración profunda de la chica.

Antes del amanecer, cuando todo estaba oscuro, Alicia necesitó ir al baño. Tuvo que decantarse entre permanecer pegada al pecho de Carlos o atender a sus necesidades fisiológicas. A su vuelta del retrete y con los pies helados asaltó el calor de la cama. Carlos, aún en la inconsciencia, le cedió hueco, levantó su brazo y giró el rostro para que volviera a ocupar su lugar. Aquel gesto le resultó entrañable, tanto, que Alicia se desveló al preferir mantener sus sentidos pendientes del contacto que volver a sucumbir al sueño.

Un cosquilleo de satisfacción le recorrió la espina dorsal cuando entrelazó sus muslos suaves con los musculosos de él. Inspiró hondo al mismo tiempo que cruzaba el gran tórax con su brazo y restregó su nariz por el cuello de Carlos. Sus labios se curvaron al comprobar que este mantenía la vieja costumbre de dormir en calzoncillos. Ni el mismísimo frío inglés había logrado que se pusiera un pijama.

Alicia continuó con sus silenciosas reflexiones. Se dijo que jamás había dormido tan cómoda en una cama pequeña; y mucho menos compartiéndola con alguien del tamaño de Carlos. De alguna manera, que ella desconocía, lograban sincronizar el cambio de postura para mantener el bienestar de ambos a salvo.



recuerdos de la noche.

En un momento dado tuvo que jugar con su mano, o quizás fue el movimiento de su pie el que hizo que Carlos volviera a la realidad. Por un momento se desubicó pues no recordaba quien yacía con él. Enseguida un rostro enmarcado por una media melena de ondas rubio ceniza asomó a su mente. La boca ancha siempre sonriente de Alicia inundó todos los

En aquel momento su mano reposaba sobre su glúteo, la mitad cubierto por la ropa interior. Fue irrefrenable la caricia que surgió para abarcar más espacio de piel. La respuesta de Alicia le indicó que estaba despierta y...dispuesta. Ella fue quien levantó el rostro para besar su cuello en busca de sus labios. Carlos dejó que Alicia se encargara de marcar el ritmo de sus bocas mientras él se deleitaba acariciando su cuerpo. No tardó en colocarla sobre él para acoplarse en la danza erótica que comenzaron.

Las desbordantes ganas de comerse el mundo de Alicia se traslucían también en el sexo. Algo que no sorprendió a Carlos pues ella vibraba con todo su ser en todo lo que se proponía. Las entrepiernas se rozaron de manera frenética hasta que Alicia llegó al clímax. Él aprovechó que ella calmaba su respiración para devolverla al colchón y alargar la mano en busca de protección. En segundos ambos estaban desnudos dispuesto a continuar la búsqueda del placer. Ni la diferencia de tamaño, ni la capacidad de la cama fueron impedimento para que sus cuerpos pudieran encajar. Los jadeos de ambos fueron alicientes para mantener el ritmo. No necesitaron palabras para saber dónde debían tocar ni que velocidad mantener. El éxtasis les sorprendió de la misma manera que sus vidas

habían vuelto a cruzarse. Al unísono, sin previo aviso y con infinitas ganas de recibirlo.

El cielo se tornaba violáceo cuando se volvieron a encontrar bajo las mantas. El sueño les arrastró a lo largo de varias horas. Descansaron felices, sin pensar en otra cosa que no fuera disfrutar del momento.

Y continuaron con esa filosofía durante las semanas que quedaban para que Carlos terminara su estancia en Oxford. Este se mofó al descubrir, como no podía ser de otro modo, que Alicia no se había conformado con un cuatrimestre en el extranjero, sino que se pasaría el año académico allí. Durante el tiempo que convivieron en la misma ciudad no dejaron de verse. Quedaban en el centro para visitar los College, pasear por los infinitos parques, probar todas las cafeterías y pub que encontraban y como no, asistir a todas las fiestas posibles. Solían competir en ver quien se apuntaba antes a una excursión o escapada interesante. Al final, lograban ajustar las agendas para no perderse ni una.

El día que Carlos le hizo ver que tan solo le quedaba una semana allí, Alicia comenzó a sentir cierta aprensión. No podía explicar a qué se debía esa sensación, pero estaba relacionada con Carlos. Ser consciente de que él se marcharía y a ella le quedaban cuatro meses por delante con una cantidad ingente de experiencias por vivir comenzó a turbarla. Carlos por su parte no tardó en percibir el estado de ánimo sombrío de Alicia, incluso llegó a adivinar hacia donde se dirigían sus pensamientos.

— Soy yo el que se va, pero eres tú la que se aleja — le dijo una tarde.

Volvían de pasar el día con sus amigos y habían quedado para verse en su cafetería favorita: El Café Loco, homenaje a Lewis Carrol por su obra Alicia en el país de las maravillas, situado cerca de la romántica Tom Tower. Este lugar solía ganar cuando dudaban entre locales al que acudir. Sentados en un rincón junto a la ventana, mataban el frío con un chocolate caliente. Tras sus palabras ella comenzó a hablar con la mirada. Él la animó a expresar lo que sentía con una caricia en su mano.

- Hemos estado tan bien, mes has hecho sentir cosas tan lindas, Carlos —le dijo con voz queda.
- Pero no soy suficiente para ti — terminó de decir él — . Otra vez.
- Otra vez no, Carlos, ninguno de los dos contábamos con esto — se defendió Alicia — . Esto surgió aquí, en Inglaterra, me lo planteo como una de tantas relaciones que vemos a nuestro alrededor. Dos personas de países distintos que disfrutan del Erasmus. La mayoría tienen fecha de caducidad. Creo que, aunque nos conociéramos de antes, lo nuestro tampoco se iba a alargar mucho más.
- Ya — aceptó Carlos cruzándose de brazos e incorporado sobre la mesa.

Alicia comprobó cómo los ojos azules ahondaban en ella sin piedad.

- Siempre mirando más allá ¿eh?
- No sé a qué te refieres — Alicia frunció el ceño.
- Vas en busca de algo, siempre lo has hecho — le aclaró Carlos con gesto resignado — ¿De algo mejor? No sé, no tengo ni idea. Pero eres como el conejo de este café, siempre corriendo, siempre detrás de algo que no logras alcanzar o no sabes, si quiera, si lo deseas de verdad.
- Ay, Carlos, ¿te vas a poner así? — se quejó Alicia con sobrada confianza — . Tenemos veintitrés años, me quedan un par en Granada y tu te vuelves a Canarias. ¿Qué esperas que salga de esto? No voy detrás de nadie, ni espero algo mejor que tú.
- No solo hablo de una relación, Ali — le refutó — . Hablo de que no te conformas, vas detrás de la vida como loca. Para ti todo es pasajero porque no sabes dónde está el final. Vives el hoy, el ahora, y huyes de todo lo que te recuerde el sedentarismo.
- A ver, te equivocas si te crees que me voy a dedicar a viajar por el mundo con una mochila — ella sonrió y bajó la mirada al enfrentarse a la ceja socarrona de Carlos — . Bueno, admito que me encantaría viajar y visitar a todos nuestros amigos en sus países, pero mi idea es desarrollarme

profesionalmente y eso, Carlos, significa tener arraigo, no como te empeñas en describirme.

— Con esto que te estoy diciendo no pretendo cambiarte, ni tampoco digo que sea malo ser como eres — trató de aclarar —. Alicia, me cabrearía mucho si alguien te encadenara, si alguien se atreviera a apagar tus ganas de vivir. No se me ocurriría ser yo quien te pidiera que dejaras de bailar el mundo como lo haces.

— ¿Entonces, Carlos? — preguntó Alicia con la culpabilidad apoyada en sus hombros —. Estoy siendo sincera, no sé qué quieres de mí. No quiero seguir haciéndote daño, pero tampoco quiero arrepentirme de estas semanas juntos.

— Yo, Ali, yo — Carlos miró al exterior a través de la cuadrícula de la ventana, impotente, insatisfecho y frustrado —, quisiera que en tu mundo de ilusiones y metas por alcanzar pudieras contar conmigo.

Los ojos de Alicia se cubrieron de lágrimas. Pestañeó para apartarlas, pero las condenadas estaban dispuestas a presenciar su respuesta.

— Yo también lo querría, pero no me perdonaría jamás tener que reprocharte algo. No veo otra forma que la de mantener una amistad.

Se tomaron de la mano para dejar que la epidermis fuera la primera en comenzar la despedida. Después le siguieron los ojos y por último sus bocas, con pereza, respondieron como siempre hacían: con una sonrisa.

— Sigue volando, Ali, como siempre has hecho. No seré yo quien te impida continuar tú camino. — la ternura llegó a su mirada —. Espero que algún día me cuentes qué había más allá y si merecía la pena llegar.

Carlos volvió a sumergirse en su rutina canaria como quien vuelve de un sueño. Durante días cargó con cierto pesar pues volvía a tener la amarga sensación que deja que algo valioso se hubiera resbalado entre los dedos.

Alicia por su parte terminó su estancia varios meses después y fue directa a Granada a continuar con su carrera. Años más tarde y con el título en la mano se

instaló en Madrid para poder desarrollar su profesión. Disfrutó del ambiente cosmopolita, siguió las modas dictadas por la gran urbe y logró asentarse entre amigos de origen diverso.

Alicia y Carlos no se distanciaron del todo. Cada vez que ella aparecía por Canarias el grupo de amigos buscaba hueco para reunirse y volver a rescatar la amistad. Se veían en Navidad, en especial la víspera del Día de los Reyes Magos en una abarrotada Triana. En verano se sumaban a los asaderos, planeaban escapadas a las islas vecinas y en Semana Santa alquilaban apartamentos en la zona turística. En la mayoría de las veces Carlos y Alicia solían ir acompañados de sus respectivas parejas. Hubo algunos años en los que también coincidían cuando uno de los dos enarbolaba la soltería.

No hubo reproches, ni nuevos acercamientos. Se conformaron con ser testigo de la vida del otro.



Hasta aquel verano.

La vida de Alicia había dado un nuevo giro. Su mundo tembló cuando la colocó frente a la tragedia. Sus pies la habían llevado de vuelta a la tierra que la vio nacer. Era agosto cuando su teléfono mostró el nombre de Pilar. No era la primera llamada que dejaba escapar. Su ánimo sombrío convertía una simple charla en una ardua labor. Claro, que, nadie ganaba a Pilar en tozudez.

Y Alicia terminó por descolgar.

La conversación no se extendió mucho, tan solo se trataba de unas breves indicaciones que Pilar, como buena teniente, estaba acostumbrada a dar. No pudo rechistar y no le dejó opción a la negativa que tenía preparada pues todos obraron en su contra. Incluida su madre. Así pues, Alicia se vio arrastrada a su habitación para colocarse el traje tradicional canario con el fin de ir a la Romería de Gáldar. Todos la esperaban.

A lo largo del camino el entusiasmo y algarabía que vibraban en el interior del vehículo comenzaron a sacar a Alicia de su letargo. Su risa brotó algo oxidada, pero estuvo lista para extenderse en cuanto llegaron a la carreta que tenían asignada. Allí se vio inmersa en abrazos, saludos cariñosos, bromas, palabras amables y como siempre que volvía a estar rodeada de sus amigos, disfrutó de la sensación de calidez que emanaban. En su recorrido de saludos pudo observar a lo lejos a Carlos. Este se mantenía a cierta distancia del grupo mientras atendía a lo que le decía Inma. Ella era la chica de Carlos. Miriam fue quien se colocó en su campo de visión, buscó el foco de atención de Alicia y sonrió con picardía.

- No sé como lo hace —comentó como si llevaran un rato intercambiando impresiones—. Es imposible tenerle coraje.
- ¿Qué dices? — Alicia se removió sin comprender.
- ¡A Carlos! — contestó Miriam—. Que no sé cómo lo hace. Ahí lo tienes, hablando con Inma como si nada. Y si se encuentra con alguna otra verás que pasará lo mismo. Es asquerosamente irritante cómo logra llevarse bien con sus ex.
- ¿Ah sí? — Alicia se sorprendió al conocer la ruptura de la pareja que charlaba a lo lejos—. No tenía ni idea.
- ¿Cómo no, si tu también estás en el grupito de exnovias de Carlos? — replicó Miriam.
- Que no, que me refiero que no sabía que lo habían dejado— Alicia meneó la cabeza y bufó— Venga, Miriam, vamos a pillar nuestros vasos de tubo que nos vamos a poner finas de ron.
- Ay, sí, pero antes déjame comer algo porque me puede sentar mal — le dijo al mismo tiempo que la tomaba del brazo y rodeaban la carreta.
- Miriam, da igual lo que bebas y lo que comas, en cuanto te echas *unos piscos* te vuelves muy perreta... — Alicia se colgó de su cuello para imitarla con voz de borracha—. Gente, mis niños ¿Saben una cosa...?
- Deja, deja, que ya sé la fama que tengo, pero mi niña, eso habla del buen fondo y lo buena que gente que soy. — se defendió Miriam.

Minutos más tardes el gran abrazo de oso de Carlos le llegó por la espalda. Este la levanto del suelo y la hizo volar por el aire. Pronto arrancó una carcajada en Alicia. Se saludaron con entusiasmo y en cuanto Aday tomó nota de que ya estaban todos, dio la romería por empezada. Después de ese momento todo fue baile, risas, bromas, música, comida y bebida en cantidades impensables, y mucha, mucha diversión.

Más de un centenar de carretas pasaron por delante de la iglesia para llevar las ofrendas a Santiago Apóstol. Infinidad de romeros y romeras desfilaban luciendo sus trajes regionales. Los había desde los más modestos hasta los más elaborado; tanto unos como otros, dibujaban un paisaje multicolor lleno de alegría.

Hacia el anochecer la carreta se aparcó a unas calles de la plaza del pueblo. La celebración continuaba alrededor, pero el punto de encuentro seguía siendo el carruaje lleno de viandas y bebidas. Alicia se había alejado para ir en busca de algún solar donde hacer sus necesidades. Bajaba una cuesta cuando descubrió a una pareja escondida en un portal en una situación muy íntima. Ella apartó con rapidez la mirada, agachó la cabeza y apuró el paso para no molestar. A su vuelta observó cómo de ese portal Carlos se despedía de Inma con un apasionado beso. En el momento en el que este giró el rostro se topó con la divertida expresión de Alicia. Ella se encogía de hombros, alzaba sus cejas y hacía una mueca con la boca a modo de disculpa por haberle pillado. En cuanto Carlos se aseguró de que Inma giraba la esquina comenzó su defensa.

— Nada grave, Ali, solo nos estábamos despidiendo.

El gesto torcido de Alicia le dio cuerda.

— Nos despedíamos con bastantes ganas la verdad, pero fue para asegurarnos de que todo quedaba bien cerrado.

Alicia explotó en carcajadas. Carlos rio con fingido desamparo al mismo tiempo que se sentaba en los escalones del portal. Ella le siguió y se sentó a su lado.

— ¿Y ese cachorro? —le preguntó por el sombrero negro que lucía.

— De Fer, me da, pero no lo tengo claro —comentó con los vapores de embriaguez girando en torno a ella—, de lo que estoy segura es de que no volveré a ver mi pañuelo y mi gorrito. Eran de mi madre, a ver cómo se lo explico.

Ambos intercambiaron muecas de gravedad y el silencio se adueñó de la situación. No se sintieron incómodos mientras dejaban que sus pensamientos volaran.

— ¿Sabes que Ainhoa se fue a vivir a Letonia con su chica? —le informó más que preguntó Carlos.

— ¡Ah! ¿Sí? —exclamó ella contenta— ¡Qué bueno!

— Si, y Rafa, mi compañero de piso en Oxford, se casó hace unos años con Fátima la que iba clases contigo. —Carlos continuó informando de las parejas erasmus que seguían unidas.

Alicia asentía sin comprender qué trataba de decirle con todo ello. Segundos más tarde, su mente, con cierta nebulosa alcoholizada, conectó ideas. Ella había declarado que todas las relaciones Erasmus tenían fecha de caducidad.

— Ah, ya, ya — Alicia asintió y reconoció sin palabras que había errado — Ok, ya sé por dónde vas.

— ¿Y al final, qué? —le preguntó a bocajarro Carlos.

— ¿Qué, de qué? — Alicia se encogió de hombros sin tener ni idea de a qué se refería.

— ¿Merecía la pena? — insistió Carlos, cargado de buenas dosis de alcohol.

— ¿El qué? — Alicia se removió incómoda tomando a Carlos por enajenado.

— Lo que sea que buscaras...

— ¡Ah, bueno! — Alicia giró el rostro al no ser capaz de mantenerle la mirada, incluso llegó a bajar la suya—. Encontré momentos, eso buscaba, Carlos, momentos únicos e inolvidables; de esos que te hacen crecer y comprender el mundo, saborearlo y sorprenderte con sus matices, pero, quizá, no merecía tanto la pena. Bueno, no me arrepiento — Alicia hizo una mueca —

Miento, me arrepiento de no haberlos dosificado. Nadie me recordó que no somos eternos y que el tiempo es un regalo que hay que cuidar bien a quien se le regala.

El silencio se impuso al mismo tiempo que sus miradas se cruzaron. Él la tomó de los hombros, le levantó el sombrero y le dio un beso en la coronilla. Ella se quedó allí, a resguardo.

- ¿Cómo está? — Carlos no sabía si Alicia tenía ganas de hablar del tema.
- Mi madre bien, bueno, trata de estarlo — Alicia comenzó a dejar caer el velo para descubrir su verdadero estado, se separó de él para forzar una sonrisa y tratar de disimular —. Ella fue la que se empeñó en que viniera a la romería.
- Bueno, entonces seguro que no se toma a mal lo del gorro — Carlos le guiñó un ojo.

Ella bufó una suave carcajada.

- ¿Cuánto tiempo estarás por aquí? — preguntó tras ver pasar a un grupo ruidoso de romeros.
- Hasta que ella se vaya — murmuró con dolor —. Unos meses según los médicos.

Carlos entrelazó sus dedos con los de ella, como mudo consuelo. Ella con los ojos empañados en lágrimas le sonrió.

- Y después... — Alicia siguió desahogándose — no lo tengo claro, pero no creo que vuelva. Siento que no tiene sentido seguir en Madrid — bufó con pesar —. Si te digo la verdad, en cuanto supe que tenía cáncer, lo dejé todo. El trabajo, a Rafa...
- Bueno, supongo que Rafa será de otra opinión — comentó Carlos —. Te dejó marchar, pero estoy seguro que espera que vuelvas.
- Al principio creyó que estaba afectada, pero hace unas semanas lo dejamos claro — le corrigió tras tomar una gran bocanada de aire —. Yo le dije que no tenía billete de vuelta y que no permitiría que él dejara su carrera

profesional por mí. Sobre todo, cuando no estaba segura de querer cargar con esa responsabilidad.

— ¿Y qué respondió?

— Nada, solo que le llamara si sentía que había dejado algo importante atrás— Alicia arrugó la nariz y la boca con gesto infantil antes de susurrar—. No le sentó bien, la verdad, después de colgar me mandó un mensaje con muy mala hostia. Me lo esperaba, sí, pero no deja de escocer cuando lo recibes— Alicia echó mano al sombrero y lo hizo girar en sus manos con la mirada puesta en algún lugar lejano—. Mi madre me dijo que me precipité con Rafa, pero es que nunca me ha gustado tener a las personas que quiero pendiente de los tumbos que voy dando.

— Mmmm — Carlos asintió con más brío del que quería.

— ¿Mmmm? — Alicia se mofó de él— Sí, tu fuiste más elegante.

— No, elegante, no, yo siempre supe con quién trataba, por eso no me sorprendió del todo tu huida.

— ¡Eh! — Alicia le dio un manotazo al tratar de banalizar su respuesta—. Nunca he huido, solo sigo mi camino.

— ¿Y adónde te ha llevado? — Carlos clavó sus ojos azules en ella con más seriedad de la que le apetecía a Alicia.

— Joder, Carlos, vete a la mierda... — Alicia lo fulminó con la mirada.

Ella giró el rostro al mismo tiempo que comenzó a notar cómo le escocían los ojos. Trataba de gestionar la frustración y la lástima por sí misma. Nadie como Carlos para largarle la verdad siempre que no la pedía. Pesados minutos pasaron sin moverse, metidos en el portal, con el sonido de la romería como velo a su alrededor.

— Yo era feliz, Carlos, estaba contenta con mi vida, con las decisiones que había tomado y a donde me habían llevado. El saber que voy a perder a mi madre, que llevo tantos años lejos y que me he perdido tanto de ella, es lo que hace que me ahogue el remordimiento. — Alicia habló a trompicones pues trataba de tragar sus lágrimas— ¡Pero, coño, no es justo! Ella no tenía que irse tan pronto.

Es más, ella hace que me sienta perdida. Saber que se muere me genera dudas sobre lo que realmente quiero para mí. Qué voy a hacer cuando ya no esté ¿eh? ¿Quién me va a llamar para preocuparse por mí, quien va a presumir de mis logros, quien va a reír con mis batallas? ¿A quién se las voy a contar?! Mi madre me dijo muchas veces que yo vivía la vida que no pudo vivir. Y ahora creo que nunca debí bailar el mundo como dices que hago. Ahora sé que debí aprovechar el tiempo que teníamos, mi madre y yo, quedándome cerca.

— Y entonces hubieras dejado de ser tú.

Carlos se garraba el mentón al mismo tiempo que apoyaba su codo en su rodilla doblada. Él se había quedado colgado de su rostro mientras la escuchaba.

— Alicia, en eso consiste vivir, en arriesgar —le dijo antes de alzar su mano para recoger una lágrima de su mejilla—. No sabemos quién será el siguiente en marcharse, pero esto no nos impide alcanzar nuestros objetivos. Se toman decisiones y cada una de ellas acarrea consecuencias. El riesgo no quiere decir que sean errores cometidos, no, simplemente nos arriesgamos al dolor.

— ¿No somos capaces de aprender de otra forma que no sea sufriendo? — preguntó sin querer aceptar algo así, pero consciente de estar cerca de la verdad.

— Si quieres que tu vida sea plena, tienes que lanzarte al vacío. —le respondió.

— Al dolor. —le corrigió sombría.

— A lo que siempre has hecho, Alicia, a abrazarte al devenir, venga como venga.

— Pero fui una ilusa o demasiado positiva —comentó Alicia con tendencia a la autoflagelación—. Una imprudente que solo pensó en avanzar sin mirar atrás.

— Si estás aquí y hablando de esta forma es porque no dejaste de mirar atrás; solo creíste que tu refugio nunca desaparecería —Carlos trataba de devolverle las fuerzas que se habían extinguido en ella, no le gustaba verla

derrotada como estaba—. Y ahora estás acojonada, Ali, te aterra pensar que no tienes a donde volver, que nadie te espera tras tu larga travesía.

— Ya me siento sola, Carlos y aún no se ha ido— A toda lágrima que osara rodar la quitaba a manotazos, con rabia.

Él le abrió los brazos y ella se escondió en ellos.

— ¡Coño, Ali! —Carlos le habló a su oreja— Nunca has estado sola, ni lo estarás. Te has encargado de atraer, como mosquitas a la luz, a un montón de gente que está encantada de verte bailar el mundo.

— Carlos—la réplica le llegó amortiguada por el abrazo—, eres tan buena gente que das asco.

Él se rio y al poco se unió la risa de ella. Ese aspecto de él desquiciaba tanto a Alicia como lo adoraba.

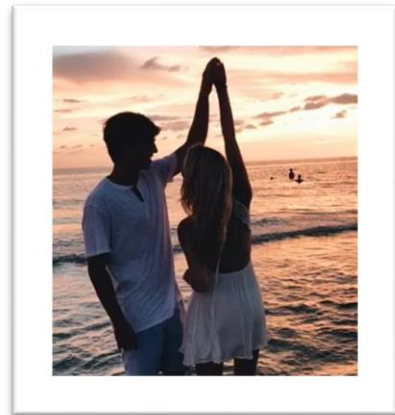
Con Carlos todo iba bien, en Carlos siempre encontraba su bien.

Alicia no volvió a Madrid, ni aún después de la muerte de su madre. Sus pies dejaron de querer continuar por la senda de lo desconocido. De pronto, Alicia comenzó a disfrutar de las viejas costumbres, de los lugares de siempre y de descubrir un rincón nuevo en la isla que la vio nacer. En los meses más oscuros, Carlos y el resto de amigos, rodearon a la joven con un sólido apoyo. Ella les estuvo muy agradecida pues fueron fundamentales para encajar la nueva realidad que le ofrecía la ausencia de su madre en la familia. Durante largos meses convivió con su padre para ayudarlo con la soledad que genera la viudez, pero en cuanto consiguió trabajo le propuso independizarse. Este estuvo de acuerdo y ella no dejó de ir a visitarlo varias veces en semana y cumplir con su almuerzo el sábado.

Fueron muchas las veces que había planes en el grupo de amigos los fines de semanas, pero todos comprendían que Alicia tuviera como prioridad a Rodolfo. Y así, con la banal excusa de no poder hacer planes sin ella, la casa de su padre resultó el lugar de encuentro de todos. Se fueron sumando a los almuerzos poco a poco. Al principio llevaban alguna ensaladilla o la bebida, después de un

tiempo la organización de asaderos quedó a cargo de los chicos, mientras que Rodolfo disfrutaba a pie de barbacoa. De alguna manera y sin quererlo fueron el consuelo de padre e hija.

Por su parte, Carlos mantuvo una relación cercana con Alicia. Ninguno contaba con pareja, pero tampoco se atrevían a pensar en el pasado. De esta forma, Alicia y Carlos comenzaron a tener la costumbre de quedar una vez a la semana en la playa de Las Canteras. Ambos vivían por la zona por lo que el punto de encuentro les resultaba cómodo. Cada miércoles, después de la jornada laboral, paseaban por la avenida, tomaban una cerveza, o cuando el tiempo estaba bueno sacaban del portabultos de los coches la bolsa de playa con lo necesario para darse un baño. Solían pasar varias horas poniéndose al día de las cosas cotidianas, a veces bromeaban diciendo disparates sin parar o según el momento se volvían más reflexivos.



En una ocasión, Pilar llegó a decir que hacían vida de pareja a falta de sexo. Ellos disimularon la incomodidad echando balones fuera porque de alguna forma a ninguno de los dos les apetecía poner el corazón encima de la mesa.

Y así pasaron los meses. Hasta aquella tarde de septiembre.

El sol caldeaba la avenida, aunque la brisa marina lo hacía soportable. Alicia llegó unos minutos tarde y saludó a Carlos en cuanto estuvo a su espalda. Él la observó con una sonrisa mientras ella colgaba el gran bolso de la silla, le cogía el botellín para refrescar la garganta y parloteaba acerca de los líos en la oficina. Carlos levantó la cerveza en muda petición hacia el camarero que los conocía por clientes habituales y volvió a centrar su mirada en Alicia. Su pelo lo zarandeaba el viento dejando que rizos rubios brillaran con el sol.

Cuando Alicia por fin se había instalado y su espalda estaba recostada en la silla con una Tropical en mano, sus ojos se posaron en los de Carlos. Alicia

sonrió antes de dirigir su cara al sol para tomar una bocanada de paz después de un día intenso. Con actitud desenfadada había doblado una rodilla sobre la silla con el pie descalzo. Fue en ese instante cuando Carlos decidió darle la noticia. Jamás olvidaría su perfil como tampoco borraría de su memoria cómo se desfiguró su rostro al escuchar sus palabras.

— Pues en la reunión de ayer me propusieron un puesto en Berlín – comentó con una timidez envuelta en entusiasmo – ¡Imagínate mi cara!

— ¿Cómo, cómo, cómo? – repitió Alicia sin dejar de pestañear con intensidad.

— Pues que me ofrecen ampliar mi área desde Alemania – Carlos sonrió divertido al ver la sorpresa en Alicia, él tampoco se esperaba una respuesta así.

— Y lo vas a coger, claro – asumió Alicia al mismo tiempo que trataba de lidiar con la losa que pesaba en su pecho.

— ¡Claro, muchacha! Es el sueño de cualquier ingeniero, Alicia – respondió Carlos ensanchando su sonrisa –. Trabajar, ¡Y cobrar!, como ingeniero en Aquafil. Yo de alemán voy flojo, pero me van a dar un par de meses para que me prepare aquí, aunque hace tiempo que hice un par de cursos en la Escuela Oficial de Idiomas.

— Me alegro un montón, Carlos, qué bueno – Alicia tomó otro trago de la botella e intentó pestañear para alejar sus sentimientos encontrados.

— Coño, pues no lo pareces – se carcajeó Carlos.

Este se adelantó sobre la mesa que les separaba y tendió su mano. Ella, de brazos cruzados sobre el abdomen y rodilla doblada, miraba al horizonte. Alicia hizo una mueca con la boca, algo parecido a un mohín antes de devolverle la mirada.

— Qué curioso – comentó con una triste sonrisa –, cuando yo vuelvo, tú te vas.

— Ali, no puedes reprocharme nada — Carlos seguía con la sonrisa puesta; cuando observó que ella iba en serio, entonces él también arrugó el entrecejo —. ¿Qué harías en mi lugar? Irte, no me digas que no.

— Sí, me iría — aceptó, aunque en su fuero interno se dijo que ya no era la Alicia a la que él hacía referencia —. La verdad es que me da mucha pena que te vayas. Ya no tendré con quien compartir mis tardes de los miércoles. — compuso un mohín cómico antes de decir —. Te deseo lo mejor, eres un crack en lo tuyo y estoy segura que te lo vas a pasar genial con los *dóbermanes* esos.

Se sonrieron con franqueza.

— Confiesa, estás toda celosa porque no eres tú la que haces las maletas — Carlos le guiñó un ojo socarrón.

— ¿Celosa? ¡No! — se carcajeó —. Sorprendida por verte con un sueño puesto más allá del archipiélago.

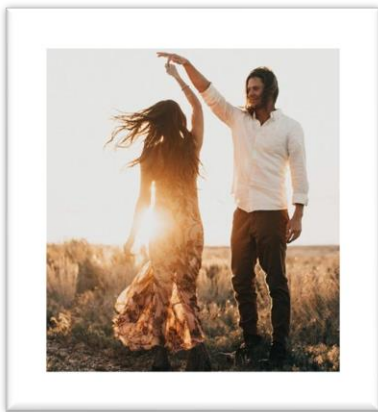
El atardecer, con su luz anaranjada, los tomó charlando sobre planes que giraban en torno a Alemania y las infinitas oportunidades que la vida les ofrecía. A Carlos no le pasó desapercibido la sombra que cubría el ánimo de Alicia. Su decisión estaba más que tomada, llevaba más de un año lidiando con el amor que sentía, y que siempre había sentido por ella. Creyó que se le ofrecía una oportunidad de salir del bucle en el que se había metido, ese que giraba en torno a una mujer que siempre se le escapaba.

Alicia comenzó a sentir cierta ansiedad al pensar en su partida, pero trató de decirse que se debía al apoyo incondicional que Carlos había sido para ella durante el luto. Se dijo, mientras trataba de recordar cada detalle de sus facciones, que había llegado el día que llevaba tiempo esperando. Ese en el que debía de dejar el refugio de Carlos pues había transcurrido el tiempo suficiente para cerrar heridas.

Se despidieron con un abrazo de oso como era habitual en ellos. Carlos tomó dirección a la Isleta y Alicia se volvió hacia la Cicer. Cual metáfora, sus pasos

comenzaron a alejarse en direcciones contrarias. La respiración de ella comenzó a agitarse, algo en su interior le gritaba que se moviera, pero ella no sabía hacia dónde. Trató de tranquilizarse, se castigó por estar malcriada por Carlos y haber recibido tantas atenciones. Sus ojos se toparon con una pareja que charlaba en la arena y recordó las veces que se sintió feliz protagonizando la misma escena con Carlos. Después recayó en la melodía de una batucada que surgía cerca de un grupo de surfers. Su mente la llevó a su adolescencia y a la cantidad de momentos que compartió con él. Hizo un barrido por el pasado y concluyó que en todos los momentos clave en su vida, Carlos siempre había estado presente, taladrándola con su mirada turquesa, sonriendo desde la distancia y leyéndole el

alma como nadie lo había hecho. De pronto sus ojos se enturbiaron por el pasado, por los recuerdos y por la verdad más absoluta. El amor que creía estar buscando siempre lo había tenido al alcance de la mano.



Al pestañear se dio cuenta de que varias lágrimas pujaban por salir. Frenó su andar, miró a todos lados y se giró en redondo para ir tras los pasos de Carlos. Sus pies tomaron velocidad, ansiosos por no querer aceptar que llegaba tarde a una historia a la que siempre le había puesto final. Alicia terminó esquivando transeúntes a gran velocidad. Su mirada se mantuvo puesta en un punto lejano, en busca de la espalda de la que no quería descolgarse jamás. En su afán por ir detrás del amor pasó como estrella fugaz junto a Carlos. Este enseguida la reconoció y se extrañó al verla correr desbocada por la avenida de la playa.

— ¡Alicia! — la llamó.

Ella se giró después de chocar con un señor mayor al haber girado la cabeza para saber quien la llamaba. Rio, trató de coger resuello, se carcajeó por las circunstancias y la carrera que se había llevado el habla y su cordura. Alzó sus brazos al sentirse derrotada, su gran bolso resbaló y bailó por la superficie del

suelo. Su pelo, agitado por el viento a favor de su sueño, envolvía el rostro sonrojado por el esfuerzo.

— ¿Qué te pasó, muchacha? — como siempre, Alicia recibió con alegría aquella sonrisa carismática.

— Que no te puedes ir, Carlos. — Alicia logró pronunciar la frase que le había acompañado cual eco desde que escuchó la noticia.

— ¿Tú has visto qué hora es? — Carlos miró el reloj en la pantalla del móvil.

— Que no, que no ahora, sino a Alemania — se explicó más calmada al mismo tiempo que él llegaba a su altura.

— Alicia — Carlos mostró su lado atormentado a través de su mirada.

Sus ojos pedían una tregua, paz para su interior, le rogaban que le arrancara de una vez la desazón que genera esperar a alguien que no está destinado a él.

— Porque te quiero — respondió Alicia a su muda pregunta y con ello sintió que por fin se sentía libre.

La contradicción de declarar su amor, sus ganas de seguir compartiendo momentos con alguien, y sentir que se liberaba fueron una novedad para Alicia. En cambio, no se asustó, todo lo contrario, supo que andaba en el buen camino.

— Te quiero como una estúpida — continuó diciendo.

— Alicia, lo dices porque sigues arrastrando tristeza, porque temes la soledad. — le rebatió Carlos sin querer aceptar las migajas de un amor por miedo a quedarse solo.

— ¡Que no! Sé lo que parece — trató de explicarse —, pero no es así. Piensa en la Alicia de antes. ¿Crees que se hubiera quedado en un lugar porque se sentía triste y sola? Hubiera salido volando, en busca de emociones que iluminaran su vida de nuevo.

Carlos continuó en silencio, con su rostro pétreo, sin sonrisa, sin ganas de continuar con una relación agrídulce.

— Carlos, mírame, sabes que tenía una razón para quedarme — enfatizó Alicia tras colocarse de puntillas con el fin de enfrentarse a él —. Esa razón

no la sabía hasta hace unos minutos. Me quedé por ti, porque ya no le veía sentido pasar años o meses lejos de alguien como tú. Siempre has sido mi ancla, Carlos, siempre has estado ahí para recordarme quien soy, para que no me avergonzara de mi naturaleza. Me dabas impulso cuando me veía acorralada, me dabas la bienvenida cuando volvía de mis cacerías. Y te quiero tanto, Carlos, que me doy cuenta de que nunca quise cogerte de la mano porque me daba miedo estropear la relación y que mi torpeza e inseguridad lograran alejarte para siempre.

— ¿Ahora, Alicia? —le espetó Carlos con más frustración que enfado—
¿Ahora que me voy me dices que me quede? Escúchate, suena desesperado.

— Que no, bueno, si —Alicia comenzó a desesperarse, buscó en el sol anaranjado que caía sobre el horizonte las palabras que le llevara a la verdad—. ¡Es que soy media idiota! —la afirmación que brotó de ella arrancó una sonrisa pesarosa a Carlos—. Me conformé con tenerte cerca, como amigo, porque no creí que lo nuestro funcionara y fui tan tonta como para conformarme con eso.

— ¿Y por qué ahora piensas distinto? —preguntó Carlos con miedo a verse atrapado en las redes de un amor rodeado de desatinos.

— Pues la verdad es que no estoy segura, solo sé que no me perdonaría dejarte marchar sin apostar por nosotros, sin liberar los sentimientos y dejar que me lleven a donde sea que me tengan que llevar.

Alicia inclinó la cabeza a un lado para observar si su declaración los acercaba o los estaba separando para siempre.

— Ali, déjame pensar, es demasiada información para mí —Carlos meneó la cabeza con incredulidad manifiesta— ¡Toda la vida! Hace más de diez años que llevo esperando esto de ti, y ahora que decido alejarme, dejar de esperar, ¿vienes a decirme que me quieres? ¡Joder, Alicia, eres única para volverme loco!

— Te entiendo, no he sido justa con lo nuestro — contestó Alicia cargando con la culpa—. Y confieso que pensar que vivirás en otro país, que de nuevo volveremos a compartir ratitos y no tiempo en mayúsculas, me hizo reaccionar. Soy idiota y egoísta, añádelo a la lista de defectos, porque lo quiero todo. Carlos, te quiero para mí. Y sé que, si te vas, volverás con alguien más listo que yo y que te haga la vida más fácil de la que yo te la haría.

Carlos tomó una gran bocanada de aire y la fue expulsando a medida que se acercaba a la barandilla que daba a la arena. Se aferró al metal al creer que el mundo le arrollaba con multitud de sensaciones. Alicia le acompañó, se quedó a una distancia prudencial pero cerca para seguir el rumbo de sus pensamientos reflejados en su rostro. Carlos esquivó su mirada, aunque no podía dejar de sentir la atrayente presencia de Alicia.

Débil como siempre giró su rostro para contemplarla. Le sonreía con la esperanza pícaro bailándole en sus ojos ámbar. Alicia era su perdición, era de lo único que estaba seguro.

— Por primera vez en mi vida, quiero actuar como tú —le respondió con el corazón abierto—. Irme lejos, dejarlo todo y continuar mi viaje. Me quiero alejar de todo esto, quiero comenzar algo nuevo, algo que me haga sentir bien, que me haga sentir realizado. Alemania es mi futuro, Alicia. Es lo único que tengo claro.

Alicia asintió, pero su mano la traicionó al volar hasta la de él. Su contacto electrificado por las emociones a flor de piel penetró hasta conseguir que sus ojos suplicaran lo que sus labios estaban a punto de expresar.

— Llévame contigo —le pidió—. No me dejes atrás. No puedes ser como yo, tú no.

Derrotado, Carlos se desinfló, abrió su brazo y dejó que Alicia se adentrara más allá del plano físico. Sintió cómo rodeaba su cintura y como el aroma que embriagaba su cordura se fundía en él. Alicia fue paciente, se conformó con

tenerle cerca mientras bullía en él la lucha de la decisión final. Al menos, se llevaría aquel abrazo enternecedor como recuerdo de un gran amor que se esfumó.

— Ojalá pudiera dejarte atrás — la voz profunda surgió desde el mismísimo centro de Carlos —. Ali, siempre te he llevado conmigo



Ella levantó su rostro, con cuidado, con el corazón en la garganta latiendo con fuerza. No pudo pronunciar palabra, sus miradas se encargaron de ello. Paladearon la lentitud que los llevó acercar sus labios pues sería el primer acto sincero que se dedicarían a partir de ese momento. El beso

terminó en llamaradas. Ahondaron en el otro con una intensidad jamás conocida. Volcaron los años de deseo contenido, amor escondido e ilusiones atrapadas en el miedo. Sus bocas, sin dejar de besarse, se sonrieron al saborear la felicidad.

Alicia y Carlos fueron bendecidos por la luz del atardecer que selló, con sus rayos en el horizonte, el comienzo de su relación. Él fue consciente de que la mujer que había esperado con desconsuelo había detenido su danza. Comprendió que Alicia se había girado, que ya no le bailaba al mundo, que su alma había decidido bailarle solo a él.